

EL PÁJARO DORADO O LA MUJER QUE VIVÍA BAJO UN ÁRBOL DE PAN¹

1977

CARLOTA CARVALLO DE NÚÑEZ

(peruana)



La joven levantó el rostro y vio frente a ella a un extraño hombrecillo. Vestía una parda túnica y llevaba en la mano una jaula llena de pájaros de los más variados y hermosos colores. Parecían muy asustados y golpeaban violentamente contra los barrotes de su prisión pretendiendo de esta manera recobrar su libertad. A los lejos se escuchaban el rumor del río y gritos entrecortados de los moradores de la selva.

Ella contempló sorprendida al extraño personaje y pensó:

—¿De dónde vendrá? ¿Cómo no lo he visto acercarse?.... ¿No será acaso un duende?

Mas el hombre interrumpió su pensamiento.

—Quiero que guardes esta jaula por unos días.

—¿Por qué has aprisionado a esas pobres avecillas? ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Las venderé en el pueblo cercano. Pero antes debo internarme otra vez en la selva, para ir en busca del pájaro dorado, que es el más hermoso de todos.

—He oído hablar de él, pero nunca lo he visto. Creo que solo existe en la leyenda.

—Yo sabré encontrarlo. Cuida mientras tanto de mis pájaros y te daré buena recompensa. Pero recuerda que si los dejas escapar te ocurrirá una desgracia.

La mujer iba a negarse. Quería decirle que ella no tenía tiempo para buscarles el sustento, atareada como estaba en su choza, o cultivando la pequeña chacra. Además debía de llevar la comida a su marido que trabajaba en el aserradero. Pero cuando intentó excusarse notó con sorpresa que el hombrecillo había desaparecido.

El esposo volvió esa tarde muy cansado, y al escuchar el bullicio de las aves enfureció.

1 Tomado de Beleván (1977).

—¿De dónde has sacado estos pájaros? ¿Cómo puedo entregarme al sueño con esta algarabía?

Ella le explicó que un hombrecillo se los había dejado a guardar, pero el marido no quiso escucharla y abriendo la puerta de la jaula puso a todas las aves en libertad. Luego se echó a dormir como si nada hubiese sucedido.

Al día siguiente volvió el cazador y cuando preguntó por los pájaros, la mujer no tuvo más remedio que confesarle la verdad: habían huido hacia la selva.

El hombrecillo al escuchar se transfiguró. Empezó a gritar, mientras golpeaba la tierra lleno de ira. La mujer asustada corrió a refugiarse dentro de su choza.

Aquella tarde lo encontró otra vez a la orilla del río. Estaba más tranquilo y parecía haber olvidado lo ocurrido. Luego se despidió de ella con estas palabras:

—Ya no importa que se hayan perdido todos los pájaros, porque al fin encontré al ave dorada...

Y antes de que la mujer pudiera responder, el cazador desapareció entre la espesura.

Esa noche esperó a su marido inútilmente. Este no volvió. Ella permaneció con el oído atento a todos los ruidos que venían del bosque. Hacia el amanecer le pareció escuchar una voz lastimera que decía:

—¡Aquí estoy, María!... ¡Aquí estoy!

Buscó por todas partes y no halló ánima viviente en las cercanías. Fue hasta el aserradero y preguntó por su esposo, pero nadie lo había visto. Recorrió los tambos y cafetales que él solía frecuentar, mas no halló rastro ninguno.

Cuando volvía a su choza encontró sobre el tejado al pájaro dorado y escuchó su voz lastimera que decía:

—¡Aquí estoy, María!... ¡Aquí estoy!

Una terrible sospecha se apoderó de ella... ¿No se habría convertido su esposo en ese pájaro dorado?

Muy temprano se levantó al día siguiente y buscó en los alrededores. Encontró un inmenso árbol del pan y apoyada en el tronco vio a una mujer muy anciana a quien faltaba una mano y solo tenía el ojo derecho. Le preguntó si no había visto a su esposo y ella respondió:

—Te diré dónde lo puedes encontrar, si me das tus hermosas trenzas.

Sin vacilar la joven se cortó el cabello y se lo dio a la anciana, quien lo puso sobre su cabeza. Y entonces le dijo:

—El cazador ha convertido a tu esposo en ese extraño pájaro. Para que recobre su apariencia tienes que buscar entre la selva el arroyo verde y rociar con esa agua su cabeza. Pero recuerda que esto solo ocurrirá durante la luna llena. No te debes extrañar si por un tiempo conserva el rostro de un pájaro.

—¿Y así quedará para siempre?

—Cuida que no lo vean ojos humanos hasta la siguiente luna. Entonces volverás a rociarlo con agua del arroyo verde...

—¿Y en dónde encontraré ese arroyo?

—Sigue por la trocha que se va frente a tu choza hasta que llegues al río. Allí, cerca de la orilla verás a un hombre que derriba grandes troncos. Ruégale que te construya con ellos una canoa. Si te pide algo en cambio, ofrécele el pájaro dorado.

—¿Y cómo haré para recobrarlo?

—Aguarda a que llegue la noche para navegar. Apenas te hayas alejado de la orilla empieza a cantar. Enseguida vendrá el pájaro dorado y se posará sobre tu hombro. Continúa navegando hasta el amanecer. Entonces verás descender una cascada verde desde la cumbre de una montaña. Este es el arroyo maravilloso...

La joven hizo todo lo que la anciana le indicaba. Encerró en una jaula al ave dorada y fue hasta el río. Allí encontró al hombre que derribaba con el hacha un árbol gigantesco. Le pidió que le hiciese una canoa y este le respondió que la complacería si le daba en cambio el pájaro dorado. Ella aceptó y en cuanto la canoa estuvo terminada la mujer se alejó para ocultarse hasta que llegara la noche. Entonces empezó a navegar mientras entonaba una hermosa canción. Unos momentos después acudía el ave nuevamente a posarse sobre su hombro. Era la noche de plenilunio. Llegó la mañana y ella preguntó en voz alta:

—¿Dónde está el arroyo maravilloso?

Y un niño que se hallaba mirándola desde la orilla le gritó:

—Es aquel que baja de la montaña.

La joven desembarcó y guardó un poco de agua en un recipiente. Se disponía a rociar esa noche la cabeza del pájaro dorado, cuando oyó un rumor que venía de la selva. Pronto descubrió con angustia que frente a ella se hallaba el cazador de pájaros mirándola fijamente.

—Dame ese pájaro dorado— le ordenó.

La joven respondió en tono suplicante:

—Yo sé que ese es mi esposo que tú convertiste en ave...

—No es verdad. Tu esposo te aguarda en la antigua choza. Volvamos y te convencerás.

Y así fue. Muy temprano una voz lastimera decía:

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

Se embarcaron otra vez y remontaron el río. Después de unas horas llegaron al lugar en donde se hallaba el hombre derribando los troncos.

Al ver a la joven le dijo:

—¿Por qué te llevaste el pájaro dorado?

—Te lo di a cambio de mi canoa.

Mas el cazador que ya estaba impaciente tomó su arco y le disparó una flecha hiriéndolo en un hombro. Un chiguaco de brillantes alas, pasó volando sobre el río.

—Volverá luego por él —dijo el hombrecillo—. Y continuamos navegando.

Al llegar a la choza, la joven vio a su esposo delante de la puerta, afilando un cuchillo.

—Ya ves que no te engañé —dijo el cazador. Y llevándose el pájaro dorado, echó a andar por entre los árboles hasta que se perdió de vista. La joven corrió al encuentro de su esposo, pero, grande fue su sorpresa al notar que había desaparecido.

Se echó a llorar y buscó el árbol del pan, esperando encontrar nuevamente a la anciana. Allí estaba como siempre tejiendo una hermosa túnica.

—¿Dónde está mi esposo? —le preguntó.

—¿Qué me das si te ayudo a encontrarlo?

—Lo que quieras...

—Córtate la mano derecha y dámela...

Entonces la joven tomó un hacha y se cortó la mano para dársela a la vieja, y esta se la puso sobre el muñón en que terminaba la suya.

—El cazador te engañó —le dijo—. El hombre que creíste ver no era tu esposo. Se lo ha llevado nuevamente. Pero yo lo pondré en libertad esta noche y antes de la madrugada escucharás su canto en el tejado.

Y así fue. Muy temprano una voz lastimera decía:

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

Aquella noche salió otra vez la luna llena. La joven tomó el recipiente en donde guardaba el agua maravillosa y echó unas gotas sobre la cabeza del pájaro. Poco después su esposo recobraba la apariencia humana hasta los hombros. La cabeza era siempre la de una ave.

—Esposa mía —le dijo—. Tendremos que esperar hasta la próxima luna, para que mi rostro vuelva a ser el de antes.

—¡No importa! —respondió ella—. Yo te querré siempre igual...

Él la miró conmovido.

—¿En donde están tus largas trenzas? ¿Qué has hecho de tu linda mano?

—Las di para que me ayudaran a encontrarte —respondió ella.

Y el esposo suspiró con tristeza.

Pronto cayeron en la cuenta de que él no podía acudir a su trabajo. Nadie debía de contemplarlo así, y tampoco se atrevía a presentarse con aquel rostro de pájaro. Por otra parte temían mucho encontrar otra vez al hombrecillo. Entonces resolvieron huir.

Marcharon por un largo sendero durante muchos días hasta que llegaron a la orilla del río.

—Quedémonos aquí —dijo la mujer—. Hay pesca y caza en abundancia.

—Sí —díjole él—. Aguardaremos la próxima luna llena. Mientras tanto edificaré otra choza con hojas de palmera.

Transcurrieron algunos días. Una mañana temprano la esposa escuchó nuevamente el canto del pájaro dorado:

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

El corazón le latió con violencia, porque ya sospechaba lo que había ocurrido. El esposo no se hallaba a su lado. Salió a la puerta de la choza y vio al cazador que se alejaba.

Ya muy lejano se escuchaba todavía el triste canto.

—¡Aquí estoy, María! ¡Aquí estoy!

Entonces decidió ir en busca de la mujer que vivía junto al árbol del pan. Muchos días tardó en encontrarla. Cuando llegó a su lado le suplicó:

—¡Ayúdame a encontrar a mi esposo!

Y la vieja le dijo:

—Dame uno de tus ojos y te diré lo que debes hacer.

Y la joven se arrancó un ojo y se lo dio a la anciana. Esta lo puso en su rostro, dentro de la cuenca vacía.

—Esta noche pondré en libertad al pájaro dorado y este vendrá hasta tu choza. Arrójale unas gotas del agua maravillosa y recobrará su apariencia humana, como la primera vez.

Cuando aquella noche la joven vio al pájaro dorado sobre el tejado y se disponía a seguir con el consejo de la anciana, apareció el cazador y tomando su arco apuntó al ave, hiriéndola mortalmente en el pecho.

La esposa corrió desolada junto al árbol del pan y llamó a la anciana:

—¿Qué me das si te ayudo esta vez?

—¡Todo lo que quieras! —respondió la muchacha.

—Te volverás vieja y yo seré joven en tu lugar —exclamó con disimulada alegría...

Y como la joven respondiera que ella daría cualquier cosa por devolver la vida al pájaro dorado, la vieja le sopló el rostro y la sumió en un profundo sueño.

Cuando despertó una voz le dijo:

—¡Anda mírate en el arroyo!

Y la desdichada mujer se contempló en el arroyo y vio que se había convertido en una anciana, mientras que detrás de ella se hallaba una linda joven... Era la mujer que vivía junto al árbol del pan...

Esta le dijo:

—Anda en busca del arroyo maravilloso y sumérgelo en él...

María tomó al pájaro muerto, a quien había untado con misteriosas hierbas para que no se corrompiera y se lo guardó en el pecho. Anduvo a la ventura remontando ríos atravesando intrincados bosques, sin encontrar el arroyo maravilloso. Hasta que después de mucho tiempo, cuando ya no podía dar un paso más, cayó a tierra sin poderse levantar...

—¡Voy a morir! —se dijo...

Y en ese momento sintió que algo húmedo y frío se deslizaba por su rostro. Era el arroyo verde. El arroyo que buscaba afanosamente estaba allí a su lado... Introdujo su única mano dentro del pecho para extraer el pequeño envoltorio que contenía al pájaro dorado. Lo arrojó dentro del agua, y apareció ante ella el esposo joven y fuerte como en otros tiempos. Se acercó a la anciana y la contempló lleno de tristeza:

—¡Lo que se ha vuelto! —exclamó cubriéndose el rostro con las manos.

Pero en ese momento oyó una voz fresca detrás de él que lo llamaba alegremente. Era una linda joven. Parecía su esposa de siempre con sus hermosos ojos negros, sus largas trenzas, las manos finas y delicadas. La tomó de la mano y fueron en busca de su antigua choza.

La anciana que yacía junto al arroyo, se levantó trabajosamente y echó a andar por entre la selva hasta que halló un grueso tronco de árbol del pan y se apoyó en él. Allí se puso a tejer con su única mano, mirándolo todo con su único ojo.





EL PÁJARO DORADO O LA MUJER QUE VIVÍA BAJO UN ÁRBOL DE PAN

Luego de la lectura del cuento de Carlota Carvallo, responde:

1. La joven esposa llevó a cabo una serie de sacrificios para recuperar a su esposo. ¿Cuál es el que a ti te impresionó más?, ¿harías algo semejante por un ser querido?

This image shows a blank sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

2. El cuento termina con una mujer que vive bajo el árbol de pan. ¿Qué crees que podría pasar si esta historia continuase? Explica tu respuesta.

[illegible]